LITORALPRESS

Fecha: 28-07-2025
Medio: La Segunda
Supl. : La Segunda
Tipo: Noticia general
Título: "La socialdemocracia a la que pertenezco está desconectada de la vida común"

Pág. : 14
Cm2: 685,4
VPE: $ 1.522.375

Tiraje: 11.692
Lectoría: 33.709
Favorabilidad: No Definida

FOTOGRAFÍA: CLAUDIO CORTÉS V.

Rafael Gumucio:

"La socialdemocracia a la que pertenezco está desconectada de la vida común"

Daniel Rozas

Rafael Gumucio volvió a escribir sobre la figura del artista total, interdisciplinario, que asume la creación como una forma de vida. Tras su libro dedicado al poeta y matemático Nicanor Parra, el escritor escogió ahora al pintor y arquitecto Roberto Matta como objeto de estudio en «El vértigo de Eros» (Ediciones UDP), un perfil literario sobre uno de los artistas chilenos más influyentes del siglo XX.

El libro se centra en la etapa neoyorquina de Matta, entre 1939 y 1948, cuando el surrealismo europeo entra en contacto con el expresionismo abstracto norteamericano y el centro de gravedad del arte moderno se traslada de París a Nueva York. Pero el interés de Gumucio no se agota en la historia del arte: se extiende a la biografía ideológica del personaje, su adhesión al comunismo italiano, su vida errante, sus vínculos rotos —familiares y amorosos— y la tensión persistente entre el impulso revolucionario y el destino burgués de su obra.

En esta entrevista, el autor de «Los platos rotos» (2003) reflexiona sobre la forma en que Matta fue convertido en un símbolo de estatus, y la ambivalencia que mantuvo con las ideas revolucionarias. En ese contexto, habla de Jeannette Jara como una figura "del siglo XX" que encarna al "Chile real"; critica la falta de ideas nuevas en la izquierda, y afirma que Evelyn Matthei no representa una derecha liberal.

> "Hay que hacerse la autocrítica de que, quizás, el componente de clase es importante", dice el escritor que acaba de lanzar «El vértigo de Eros», un ensayo biográfico sobre Roberto Matta.

"Matta pertenece a la gran familia de la Concertación"

—En tu libro, Roberto Matta siempre está en el lugar preciso, en el momento justo, con la persona adecuada que siempre es famosa. Además, aparece como un políglota que tiene una naturaleza camaleónica. Esa combinación lo hacía único, ¿no?

—Sí, es impresionante: conoce a Dalí, lo presenta a Breton, se mueve en círculos donde muchos de ellos aún no eran famosos. No es la historia de un socialité o un *snob*. Yo creo que era mucho más ambicioso de lo que decía. Nadie que lo conoció pensaba que fuera una persona normal. Estaba en un estado de evolución creativa permanente.

—Otro tema del libro es su constante ajenidad. ¿Cuál fue la relación de Matta con Chile? ¿O tuvo muchas?

—Yo creo que tuvo muchas y todas complejas. Una de ellas fue con su clase social. Se sentía ajeno, sí, pero nunca salió de ahí. No es que se haya ido a vivir a una población o se haya dedicado a las buenas obras. Cada vez que volvió a Chile lo hizo a Lo Matta (en Vitacura), o a Zapallar. Volvía al mismo mundo de siempre, con los mismos cinco amigos de toda la vida. De hecho, los pocos amigos chilenos que tenía en Europa y EE.UU. eran gente de su mundo como Nemesio Antúnez. Pero tenía una relación social compleja con el espíritu de clase, de dominación. Después, con la vejez, se volvió más afectivo con su infancia y su juventud. Y también sirvió una coincidencia histórica: él estaba tratando de pelear por la revolución mundial, y esta empezó a pasar en Chile. Entonces terminó relacionado con un grupo de exiliados chilenos en Europa, viviendo su chilenidad, de alguna forma.

Y agrega: "De hecho, nunca pensó mucho en su nacionalidad. No renovaba el pasaporte, lo tenía vencido. Y cuando quiso renovarlo, el Estado chileno se lo quitó (en 1974). Se dio cuenta de lo que era ser chileno cuando se lo quitaron".

—El cineasta Juan Carlos Altamirano le contó a este diario que Matta le dijo en una oportunidad: "Nunca esperes nada de Chile". ¿Te suena como una frase de él?

—Puede ser. Matta disfrazaba mucho el rencor, la nostalgia, la melancolía. Eran cosas que no le gustaban, que no le calzaban. Hacía un esfuerzo consciente por reprimir ese tipo de emociones. Estoy seguro que tenía más resquemores y senti-

LITORALPRESS

Fecha: 28-07-2025
Medio: La Segunda
Supl. : La Segunda
Tipo: Noticia general
Título: "La socialdemocracia a la que pertenezco está desconectada de la vida común"

Pág. : 15
Cm2: 653,0
VPE: $ 1.450.402

Tiraje: 11.692
Lectoría: 33.709
Favorabilidad: No Definida

mientos hacia Chile y hacia su chilenidad de los que solía admitir. Pasaba lo mismo con sus relaciones amorosas, con sus hijos. Nunca quiso mostrarse como una víctima, ni dar lástima.

—El economista Sebastián Edwards escribió que en Chile el estatus social se mide según el cuadro de Matta que cuelgas en tu casa. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro. Me parece una gran observación. Es divertido, porque Matta siempre fracasó en ser un (Arturo) Pacheco Altamirano. Yo creo que también es parte de un malentendido que mi libro quiere despejar un poco. No sabemos muy bien quién es este señor que cuelga en las paredes. Porque, más allá del torbellino visual, si uno mira sus cuadros desde el título o la idea que hay detrás, se te queda como un cuadro futurista o colorístico. Entonces es un artista que necesita un cierto contexto.

—Edwards también escribió que en tu libro se menciona 17 veces la palabra "comunista". ¿Por qué Matta se decantó por el comunismo?

—Antes de ser comunista, había sido trotskista o anarquizante. El comunismo italiano es el comunismo gramsciano, que es un comunismo que le da mucha importancia a la cultura, no como expresión de la burguesía, sino como manifestación legítima de la búsqueda de la revolución. Y ahí, dentro de ese comunismo, él adhiere a la revolución cubana y a lo que podríamos llamar el mirismo, la izquierda más radical. Pero siempre en la búsqueda de armonizarlo con el surrealismo. Ahí está la idea de la guerrilla interior.

—¿Políticamente, en qué lugar se inscribiría Matta?

—Uno puede decir que siempre fue muy de izquierda y comunista. Pero, visto con los ojos de hoy, su comunismo era crítico, no estalinista. Buscaba formas nuevas, fuera de los grandes ejes de EE.UU. o Rusia. Cuando vino la renovación del socialismo, uno podría decir que nunca se inscribió en el laguismo, pero hay una coincidencia fuerte entre Lagos y Matta: Lagos (como ministro de Educación) reconoció su lugar y le dio el Premio Nacional. Entonces creo que, al final, pertenece a la gran familia de la Concertación, al menos espiritualmente; a una idea de socialismo renovado que no pasó por alto las políticas individuales. O sea, él se preguntaba por un socialismo que no estuviera en combate con las ganas, desde las sexuales hasta las económicas. Siempre se preguntó cómo reconciliar el individualismo con la revolución colectiva. Él adhería a formas utópicas de nueva colectividad, incluso de ecología.

"Hoy la única candidata chilena es Jara"

—Si Matta estuviera vivo, ¿piensas que sentiría afinidad política con Jeannette Jara?

—Yo creo que sí. Si se ve desde lejos, el contraste es hasta visual entre los tres alemanes y Jara, así que cualquiera que no adhiera a las élites no tendría dudas.

> Yo me declaro en estado de reflexión, de análisis. Pero sí sé una cosa: yo no voy a votar por la derecha".

> Matta se preguntaba por un socialismo que no estuviera en combate con las ganas, desde las sexuales hasta las económicas. Siempre se preguntó cómo reconciliar el individualismo con la revolución colectiva".

Incluso por una cuestión de color de piel. Hoy, aquí, la única chilena es Jara. Si (Matta) conociera el proceso más de cerca quizás tendría más dudas, como las mías. Porque si miro con cierta distancia el escenario, no hay dónde perderse: ella es la única candidata que representa al Chile profundo, o el Chile real. Pero, por otro lado, desde más cerca, me cuestan los Carmona, las Hertz, los Jadue. Y sobre todo, me cuesta la falta de ideas nuevas.

—Te escuché decir en una entrevista que el programa de Jara te parecía más kirchnerista que comunista.

—Es que a mí el socialismo del siglo XXI me parece repugnante, y el derechismo del siglo XXI también. Pero lo que me parece realmente repugnante es que el siglo XXI es ultra capitalista. Por eso te digo que no puedo entender cómo un marxista puede defender a Venezuela. ¿Desde cuándo un gobierno que es una cleptocracia hipercapitalista, un capitalismo para cuatro personas, puede considerarse socialista? Y al revés: nadie diría que Trump es un socialista, y sin embargo muchas de las medidas que propone son parecidas a las de Jara. Aquí hay un efecto siglo XXI, digamos, que es el que a mí me preocupa.

—¿Cuál sería el efecto siglo XXI?

—El siglo XXI es la efectividad de las políticas mediáticas, de las cosas que hacen ruido, que tienen corto plazo, mucha violencia, muchas grietas imaginarias. Es Trump y es Maduro. Es Pablo Iglesias. Pero volviendo un poco a Matta o a Parra: cualquier personaje del siglo XX es difícil de ponerlo en juego frente al siglo XXI. Lo que nosotros llamábamos socialismo, lo que llamábamos derechismo, hoy no dice nada. Uno podría decir que muchas de las ideas de Borges, en Argentina, las dice Milei. Pero no creo que Borges pudiera soportar a Milei. No por una cuestión ideológica, sino por una cuestión de tono. Ahora, Jeannette Jara me parece una persona totalmente del siglo XX. Tiene un trato respetuoso, una forma de debatir que reconozco.

—Después de la derrota de Tohá en la primaria, ¿ves una quiebre entre la izquierda ilustrada y el mundo popular?

—Hay que hacerse la autocrítica de que, quizás, el componente de clase es importante. Yo creo que esta socialdemocracia, o este grupo de personas al que pertenezco, hace mucho tiempo que está desconectado de la vida común. Tenemos muy poca escucha hacia las clases sociales, ni siquiera las más desfavorecidas, sino que hacia las más comunes. Entonces, haber puesto como candidata, y lo digo habiendo votado por ella, porque me parecía la mejor, a la ministra del Interior en plena crisis de seguridad, equivale a una estupidez. Es como no haber entendido nada. Yo creo que a otro candidato le habría ido mal también, pero no tan mal. Parece que estuviéramos en una desconexión absoluta con la masa.

—¿Tohá genera anticuerpos porque representa una élite culta hoy en retirada?

—En el siglo XX también existió el populismo antiélite: sin él, no se puede explicar a Hitler o a Mussolini. Uno de los equívocos de la democracia es que se presenta como un gobierno del pueblo, pero funciona mejor cuando el pueblo está más o menos excluido de sus decisiones. Hoy todo marcha cuando la élite logra un pacto con las mayorías. Y creo que ese pacto está roto. Las formas de reconstruirlo no están claras. Las mayorías saben que necesitan a la élite, pero no quieren sentirse tan desesperadas como para pedirle auxilio. Ahí aparece un mesiánico o un loco, gobierna un tiempo, luego llegan los papás, limpian un poco, y todo vuelve a empezar. En EE.UU. estamos cerca del momento en que ya no van a haber papás. Y debemos hacernos cargo desde la centroizquierda. Más allá de que tuvimos una candidata inteligente, si uno mira la lista parlamentaria del Socialismo Democrático, no tiene nada que envidiarle en populismo, imbecilidad y locura a los republicanos. No es que tengamos la acrópolis griega frente a los bárbaros.

—En X dijiste que votarías por Marx. ¿Qué significa hoy votar por Marx?

—Encontré una foto vieja, que me saqué en el cementerio de Londres, y por eso la subí. Pero el odio que provoca Marx en Twitter me llama la atención. Lo insultan por no haber trabajado nunca, por ser un vividor. O sea, esta gente cuyas "obras completas" caben en 150 caracteres está hablando de Marx. Ahora, yo no soy marxista, porque creo que Marx estaba equivocado. Pero leer a Marx es muy útil para entender la realidad. Y para entender esta elección, va a ser esencial leerlo. Dicho eso, estamos en julio, así que no puedo decir lo que va a pasar en noviembre. Por ahora, miro y escucho lo que está ocurriendo. Sí sé que nunca he votado por nadie de derecha. Y por esta derecha, tal como se comporta y como se ha manejado, no dan muchas ganas de votar por ella. Tampoco está dando pruebas de gobernabilidad. El trauma de Piñera II todavía está ahí. Y eso va más allá de cualquier diferencia ideológica.

—¿Tú crees que, al final, un posible gobierno de Jara daría más gobernabilidad que uno de derecha?

—O sea, como está ahora, no. Con este programa y con este comando, no. Pero no creo que esto siga así en noviembre. Y si la centroizquierda se une, se reúne, se entusiasma; ¿por qué no? La centroizquierda es la única que ha gobernado este país de manera coherente. Ahora, si existiera una derecha como la que soñaba Piñera, una derecha que replicara a la Concertación en su actitud para gobernar, podría ser, pero no la veo. Matthei no encarna esa derecha liberal. Ella podría encarnarla en lo personal, porque es hija de los 30 años. Pero ¿quién la acompaña? Diego Paulsen o Guillermo Ramírez. No les veo el *look* de estadistas. No sé. Yo me declaro en estado de reflexión, de análisis. Pero sí sé una cosa: yo no voy a votar por la derecha.